

Juan Rodolfo Wilcock, *El caos*, Buenos Aires, La Bestia Equilátera, 2015, 255 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.8.2017.XXXIV-XXXVI>

La primera edición de *El caos* fue publicada por Editorial Sudamericana hacia 1974. El volumen recogió algunas de las narraciones redactadas por Juan Rodolfo Wilcock en castellano entre 1948 y 1960 las cuales habían sido publicadas en diversas revistas de Hispanoamérica —incluidas las revistas *Sur* de Victoria Ocampo y *Orígenes* de José Lezama Lima—. Por entonces, la literatura de Wilcock no había aún consolidado su lugar en Argentina. A partir de su traslado a Roma en 1957, su actividad como poeta, traductor y editor de revistas, así como asiduo colaborador de *Sur*, fue dejada atrás; pero hasta la iniciativa de Sudamericana no reapareció un libro de Wilcock en las librerías argentinas.

Ese mismo año, bajo el título *Parsifal. Racconti del “Caos”*, la editorial Adelphi de Milán reeditó la edición italiana que Bompiani diera a luz en 1960. En esa ocasión, el propio Wilcock había traducido los originales castellanos y había introducido importantes modificaciones en su escritura. *Il caos* fue, junto a *Fatti inquietanti* (1960), el primer libro que dio a conocer durante su residencia en Italia.

Ahora La Bestia Equilátera ha presentado una reedición de aquel volumen compilado por Sudamericana. En esta tercera edición, se han añadido un cuento, “El examen”; un fragmento de novela “Año nuevo”; y dos cuentos traducidos por Ernesto Montequín, “Recuerdos de juventud” y “La nube de Ross”, que circularon inicialmente en Italia y aún no se conocían en castellano. En principio, la reedición prosigue un período de publicaciones de los textos de Wilcock en Argentina: desde el *dossier* que preparara la revista *Diario de Poesía* en 1995 se han sucedido numerosos proyectos de edición que han conferido una renovada visibilidad a su literatura hasta la actualidad. Los gestores de esta edición, Ernesto Montequín y Luis Chitarroni, tienen el mérito de haber contribuido a la paulatina restauración de Wilcock en el ámbito hispanófono.

Los cuentos agregados ponen de manifiesto la historia del libro: originalmente compuesto en castellano, ha sido traducido y corregido a lo largo de nuevas versiones y reeditado varias veces tanto en Argentina como en Italia. Cada uno de los cuentos ha sido modificado aún después de su edición; bastaría contrastar cada una de las versiones para poner de relieve la

operación de reescritura. Así, por, ejemplo, el cuento que abre la serie, “El caos”, fue publicado en la revista *Sur* (marzo-abril, 1960) para luego ser traducido por el autor para el semanario *Il mondo*; ambas versiones circularon de manera simultánea y conformaron una posterior obra bilingüe, es decir, legible en ambas lenguas. En tal sentido, *El caos* es un libro cuya formación excede las fronteras geopolíticas de las tradiciones nacionales. Más aún: en el intercambio entre ambas lenguas, en la conjunción de una tradición argentina a la italiana, se dirimió su estilo peculiar. Tal vez por eso se deja leer en ambas tradiciones sin acaso pertenecer del todo a una en particular.

Hoy en día la crítica discute acerca de la impronta del castellano de Wilcock. Prescindiendo casi del todo de su variedad rioplatense, *El caos* parece abocado al diseño de una escritura que no remite a los usos sociales de la lengua, sino a un tratamiento de las convenciones literarias. Este tratamiento sobre la lengua castellana pretende que los sentidos circulantes de sus historias tengan un valor menos local que universal y que potencien las posibilidades de una invención imaginaria. Tanto la corrección severa de los originales como el cultivo de un estilo literario rigen la escritura de Wilcock.

En *El caos*, aquel estilo no impide sin embargo introducir temas que tradicionalmente podrían ser asociados a la literatura “baja”. Quizás los lectores puedan juzgar que los temas de estas narraciones son menos que vulgares. “La fiesta de los enanos”, por ejemplo, es un cuento que no ahorra detalles al referir la vejación de las víctimas de dos enanos; “La engañosa” abunda asimismo en imágenes de una violación que termina por deformar los cuerpos. Es fácil, para el lector, pensar de inmediato en Silvina Ocampo. De hecho, nuestro escritor conjuga el rigor de un lenguaje literario con la invención de situaciones o personajes insólitos cuyos sentidos llegan a ser, al decir del crítico Roberto Deidier, *tan irónicos como grotescos*.

En Wilcock la estética del grotesco alude a un bagaje de representaciones que involucra al ámbito material de las prácticas, de los cuerpos y de los espacios. Se trata de representaciones asociadas a lo bajo (la animalización, la monstruosidad, la deformación del cuerpo, la vejación y la violación, para mencionar algunos). Lo grotesco es, si se quiere, la forma visible de cuentos como “El caos” o “Casandra”, entretejidos mediante la ironía o la parodia. Quizás por esto circulan los monstruos, los dementes, los psicóticos y otras figuras anómalas; quizás por esto la burla, el chiste, la hipérbole o el retruécano le confieren cierto tono irreverente.

Pero Wilcock se ha permitido referir sus historias sin caer en el desarreglo, y aquí radica su mayor apuesta. En lugar de anular la tensión entre lo alto y lo bajo, *El caos* es una tentativa de explorar la representación de los

cuerpos y del mundo a partir de elementos disruptivos. En efecto, entre la escritura literaria y las representaciones de lo bajo hay un continuo juego de contrastes.

En particular, el cuento “El caos” ilustra en su personaje principal la figura de un aristócrata que bien puede ser un autorretrato del propio Wilcock. El procedimiento consiste en provocar un desplazamiento en las convenciones de los invitados de sus fiestas:

Mi método consistía, ni más ni menos, en una imitación, solo que mucho más confusa, de la vida: si la única realidad de la vida era el azar, la intrascendencia, la confusión y la continua disolución de las formas en la nada para dar origen a nuevas formas igualmente destinadas a la disolución (34-35).

En la historia, los invitados experimentan situaciones de cambio en las convenciones a la que representan y pertenecen. En la irrupción de situaciones no convencionales, el dispositivo demuestra el carácter a la vez arbitrario y provisorio de los órdenes simbólicos. Dicho de otro modo: Wilcock escribe un cuento en el que el protagonista inventa el mismo procedimiento que el autor pretende para sus ficciones. El espectro de imágenes grotescas de este cuento no pretende tanto degradar una tradición determinada como poner en evidencia la indeterminación de que está hecho un orden; de ahí que adquiera una cierta impronta filosófica. Wilcock va a explorar esta indeterminación en sus historias.

De hecho, una de las acepciones de lo indeterminado se asocia a la monstruosidad. Ese es el caso de “Los donguis” —incluido en la *Antología de Literatura Fantástica* (1940) de Borges y Bioy Casares—. Sus ficciones de nos desplazan de nuestras categorías habituales a figuras que se resisten a ser clasificadas aún bajo el término anormal porque no son el simple contrario de un orden, sino una cierta *otra cosa* para la cual no tenemos un nombre. En Wilcock lo monstruoso es una indeterminación que irrumpe como una realidad primigenia que acecha y que pone en tensión el sistema de representación preestablecido. En “Los donguis”, las criaturas que circulan entre los hombres son invisibles, se camuflan y sus apariciones súbitas alteran la vida de la población.

Quien lee las historias de *El caos* podrá advertir que las convenciones humanas se ponen de relieve y que, bajo la apariencia imaginaria de todo orden, se encierra una realidad privada de fundamento *a priori*.

En la formación de *El caos* confluyen revistas, traducciones y editoriales de Argentina y de Italia; y en sus libros las reescrituras constantes se leen en

sus narraciones y en el tono desaforado y sin embargo elocuente de su castellano. Paul Groussac y Witold Grombrowicks fueron reconocidos tanto por su extravagancia como por su literatura; casi siempre son asociados a las ramas profusas del europeísmo en Argentina. Quizás Wilcock proceda de este mismo árbol.

JEREMÍAS BOURBOTTE
Universidad Nacional del Litoral (Argentina)
jereasensio91@gmail.com